

El peronismo según Sebrelí*

Hace casi cincuenta años, la Argentina experimentaba un corte irreversible en su vida política. Era el comienzo de la política de masas. En este contexto, surgía el peronismo, movimiento que signaría la política argentina en adelante, sea por ser gobierno (46-55; 73-76 y actualmente desde 1989), sea por estar proscrito (55-73, aunque con brevísimas interrupciones) o en la oposición (83-89).

Hace casi diez años, en octubre de 1983, el peronismo perdía por primera vez unas elecciones, las que marcaban el retorno a la democracia luego de la violenta dictadura militar.

En ese contexto de 1983, caracterizado por el temor a que la vuelta del peronismo al poder frustrara la viabilidad de la democracia argentina, se podría inscribir la aparición de *Los deseos imaginarios del peronismo*, de Juan José Sebrelí. Y también, claro está, su éxito editorial. Hoy, diez años después, y con un peronismo que ha experimentado no pocos cambios, el libro es reeditado. Sebrelí consigna su opinión sobre el peronismo actual en el prólogo a la edición de 1992.

Su condición de populismo regresivo y autoritario, pero con base social predominantemente obrera, fue lo que hizo del peronismo el centro de gravedad de la política argentina de estos últimos cincuenta años. ¿Cómo las masas apoyaron (y apoyan) un movimiento político de estas características, manteniéndose fieles a esa identidad más allá de las peripecias continuas de la política

argentina? Estos interrogantes fueron y son el centro de una polémica política y teórica que aún hoy continúa.

Dos principales corrientes sociológicas de interpretación han estudiado el peronismo. Una es la perspectiva de Gino Germani (*Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1962) y otra, la del trabajo conjunto de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero (*Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1969). Veamos cómo se inserta el trabajo de Sebrelí en este contexto.

Germani descarta la asimilación peronismo-fascismo en razón de la base social de uno y otro. Mientras el fascismo se apoya en la burguesía y en la pequeña burguesía, y se le opone el proletariado industrial, el peronismo —a la inversa— se apoya en las clases trabajadoras urbanas y rurales y se le opone la clase media. Para Germani, lo que explica el surgimiento del peronismo es el rápido proceso de industrialización/urbanización producido en la Argentina de los años 30. Tal proceso genera una fractura en el seno del movimiento obrero entre la vieja clase trabajadora y la nueva, crecida al calor de la industrialización. Esta última carece de experiencia sindical y política, y hasta su situación psicosocial es peculiar: es parte de una masa migratoria del interior a la capital, sus reclamos son inmediatistas, está habituada al consumo de masas y a la pasividad laboral propia de su origen rural. Esta nueva clase obrera inexperta será la «masa disponible» para el peronismo. La adhesión cuasi incondicional a ese movimiento se explica en Germani a partir de rasgos subjetivos: la experiencia de conquista de derechos bajo el peronismo, al contrastar con la inmediata anterior de exclusión de la vida pública, generará la identidad peronista perdurable en las masas. Y esto aun cuando para Germani persiste una diferencia entre subjetividad y objetividad: en efecto, objetivamente el gobierno peronista no ha hecho nada, pues la estructura económico-social no ha variado en favor de los trabajadores.

El trabajo de Murmis y Portantiero discutirá las tesis de Germani. Fundamentalmente, el corte entre nueva y vieja clase trabajadora, como vía para negar que el apo-

* *Los deseos imaginarios del peronismo*, de Juan José Sebrelí. Buenos Aires, Sudamericana, 1992. (Primera edición: Buenos Aires, Legasa, 1983).

yo obrero al peronismo fue fruto de la nula conciencia de clase. Para estos autores la industrialización de los 30 será fundamental no —como para Germani— porque vaya a fracturar el movimiento obrero, sino porque será lo que lo dote de una unidad interna. En efecto, la clase trabajadora se cohesionó al experimentar un proceso de acumulación sin distribución del ingreso. La nula política social de los 30 genera un cúmulo de reivindicaciones obreras, que sólo serán satisfechas desde el Estado entre 1944 y 1946 (con Perón como parte del gobierno militar surgido del golpe de Estado de 1943). Esta conquista de derechos será decisiva en la conformación de la identidad peronista de los trabajadores. Pero aún así, y como prueba de una alta conciencia de grupo, los trabajadores —según Murmis y Portantiero— intentan mantener hasta último momento su autonomía frente al Estado peronista, de lo cual es prueba la creación del Partido Laborista en 1945. Para estos autores, la fecha de corte será 1947: hasta ese momento, la clase trabajadora se mueve con las tendencias políticas que heredaba de los 30 (pugna entre mantención de autonomía y alianza con el Estado). De ahí en más, dada la liquidación del partido laborista por el Estado peronista, la clase trabajadora pierde su autonomía y se convierte en sindicalismo de Estado corporativo. El apoyo al peronismo por la clase trabajadora se explica, entonces, más por la lucha de tendencias en el interior de la dirigencia obrera tradicional que por la fractura entre nueva y vieja clase obrera.

El interrogante que organiza el trabajo de Sebrelí será cómo caracterizar al peronismo y, básicamente, si fue o no un fascismo. Pero también Sebrelí —en una línea de trabajo muy suya— se propone desmitificar el peronismo: sacar a luz la distancia abismal entre el peronismo *real* y el peronismo *imaginario*. Este último es un fetiche pequeño-burgués construido básicamente en los años 60, luego de la caída del primer peronismo (1955), mientras su líder se hallaba proscrito y acogido por Franco en España. El peronismo imaginario fue ese que se invistió de socialismo nacional revolucionario, tercermundista y antiimperialista, en los años 70. Fue el que generó formaciones guerrilleras (terrorismo urbano), mientras el peronismo real armaba bandas de ultraderecha. Sólo estas últimas contaron, a la hora del ejercicio del poder (73-76), con el respaldo de Perón.

En verdad, ambas proposiciones de Sebrelí se funden en una: al mostrar las semejanzas entre peronismo y fascismo, el peronismo como movimiento revolucionario se derrumba. Más aún: la escisión entre un significado *real* y otro *imaginario* es propio del fascismo, que se presenta como revolucionario para poder ser conservador.

La identidad del peronismo es, en lo político, «la sustitución del sistema demoliberal de partidos políticos por una dictadura personal de inspiración fascista» (p. 35), y en lo económico, el apoyo a la pequeña y mediana industria nacional rural y urbana, como intento regresivo de resistir la inexorable concentración e internacionalización del capital.

Ahora bien, ¿cómo se plasma esa identidad? En la época clásica (46-55), el peronismo atraviesa tres estadios: «Surgió como una dictadura militar (...), derivó hacia el bonapartismo, aspiró siempre a ser un fascismo y realizó la mayor cantidad de fascismo que le permitieron la sociedad argentina y la época en que le tocó actuar» (p. 31).

Para Sebrelí, el peronismo fue un fascismo frustrado. Esto implica que, a nivel ideológico, el peronismo era efectivamente fascista, pero que a nivel de régimen político, no pudo realizar su identidad. Sebrelí trabaja permanentemente en el contrapunto entre estos dos niveles: demostrando los componentes fascistas clásicos del peronismo y, a la vez, cómo éstos no se realizaron *completamente* como régimen político. Así, el peronismo deviene una gran auto-frustración... ¿quién lo hubiera pensado.

Sebrelí, contra Germani, descarta la diferencia excluyente entre peronismo y fascismo en razón de la base social. Para el autor de *Los deseos imaginarios...*, ni el fascismo contó con la oposición total de la clase obrera y la adhesión mayoritaria de la clase media y el gran capital, ni el peronismo contó con la adhesión absoluta de los trabajadores y la oposición férrea de la clase media, de la cual algunas fracciones (las menos tradicionales) lo apoyaron. Aquí se acerca al planteo de Murmis-Portantiero, en cuanto a que la clase trabajadora argentina intentó preservar su autonomía frente al Estado peronista hasta el final; pero se alejará de estos autores en la caracterización global del peronismo («populismo», según aquéllos; «fascismo frustrado», según Sebrelí) y en el significado de la peronización de la clase obrera («pérdida de autonomía», para Murmis-Portantiero; «fascistización», para Sebrelí).

Este tema introduce un elemento original del trabajo: la revisión del concepto clásico (de factura stalinista, para Sebrelí) de fascismo. El autor redefinirá al fascismo como movimiento que se apoya en la pequeña y mediana burguesía industrial y en las clases medias. Para Sebrelí, el fascismo no es la inexorable «última etapa» del capitalismo y, por tanto, un fenómeno exclusivo de los países avanzados. Por el contrario, el fascismo conlleva un elemento desarrollista, de intento de impulsar el capital nacional para alejar la influencia del capital extranjero en el mercado interno. Esto lo convierte en modelo para los países tercermundistas, para el nacionalismo burgués que busca su lugar en el mercado.

Finalmente, Sebrelí apoya su análisis en una concepción del imperialismo y del tercermundismo que lo ha distinguido como pensador. Para el autor, la lucha de los nacionalismos tercermundistas contra lo que denominan imperialismo, no es más que el intento de detener el desarrollo inexorable del capital. El socialismo, para Sebrelí, no es la resistencia al capitalismo, sino la superación dialéctica de éste. Por tanto, movimientos pequeño-burgueses como el peronismo, nada tienen de progresistas, pues no sólo representan un capitalismo atrasado, que conlleva peores relaciones de producción, sino que, en lo político, buscan liquidar la autonomía obrera, al sustituir la lucha de clases por la lucha entre naciones.

Javier Franzé



Cuerpo y alma, filosofía y cerebro (Laín Entralgo y Young)

A edad bien decantada, ochenta y tres años a la publicación del libro *Cuerpo y alma*¹, y como espléndida prolongación culminada de una intensa vida de trabajo intelectual en ejercicio permanente con resultados de clara plenitud por la evidencia de una autoría bibliográfica que ha podido congeniar importantes facetas del yo personal con las peculiaridades del ser español y el núcleo de otras culturas supranacionales —la cultura, pues— en su dimensión generalmente antropológica —o como yo diría *neohumanista*, siempre que por esta palabra se entienda el escritor interesado en aunar la especulación filosófica con las demarcaciones fronterizas de la ciencia y otras consiguientes disciplinas de índole moral y

¹ *Pedro Laín Entralgo: Cuerpo y alma. Estructura dinámica del cuerpo humano. Espasa-Calpe/Universidad. Madrid, 1991, págs. 299. Nacido en 1908 en un pueblo de Aragón, ha desempeñado los cargos de catedrático de Historia de la Medicina, rector de la Universidad de Madrid, presidente de la Real Academia Española y, entre sus libros más importantes, se cuentan La espera y la esperanza, Teoría y realidad del otro, A qué llamamos España, Descargo de conciencia (1930-1960), ensayo de interés autobiográfico por lo que tiene de evolución político-social, publicado en 1976; Ciencia, técnica y medicina, El cuerpo humano (Teoría actual), que inaugura el estudio que nos ocupa, etc.*